
SEPTIMO SERMON.

Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

*Memoriam fecit mirabilium suorum.
escam dedit timentibus se.*

(Psalm. CX, 40.)

JESUCRISTO, Señores, no es como los personajes que el mundo llama grandes hombres, y que figuran durante breves años en la escena social, desapareciendo sin dejar en la tierra mas que sus cenizas, y el vano recuerdo de sus hechos. Es de ayer, y de hoy, y el mismo en todos los siglos (1). Es el Verbo de Dios, que tomó nuestra naturaleza para no dejarla jamás, y su humanidad, unida al Verbo, vive y vivirá eternamente. Tú eres siempre el mismo, le dice el Apóstol con el Profeta, y tus años no menguarán (2). Es verdad que se sometió á la muerte, pero resucitó para no volver á morir. Murió porque quiso (3), resucitó por sí mismo, y la muerte no tendrá ya imperio sobre él (4). Subió al cielo, y allí está, dice San Pablo, viviendo siempre para ser nuestro mediador

(1) Hebr. XIII, 8.

(2) Id. I, 12.

(3) Isai. LIII, 7.

(4) Joann. X, 18.

y abogado (1), perpetuando la mision que del Padre recibiera, hasta que llegue el dia de entregar á este el reino, para que sea todo en todas las cosas (2).

Esa mision continúa Jesucristo tambien en la tierra. Al tomar nuestra naturaleza, no se propuso tan solo levantarla en su persona al órden divino, y ofrecerla como víctima por los pecados del género humano, sino hacer de ella el instrumento por el cual lleguen á nosotros los tesoros de luz y de vida que en sí encierra, á fin de que vivamos segun su espíritu, como hijos adoptivos de Dios, llamados al cielo. Estos tesoros derrama sin cesar en el mundo intelectual y moral, como el sol difunde sus rayos en el órden de la naturaleza, por medio de su doctrina y de sus Sacramentos, de que hizo depositaria á la Iglesia, y de un modo especial por la Sagrada Eucaristía. En ella encontró el maravilloso secreto de permanecer habitando con nosotros en la tierra, sin dejar de ocupar el trono de su gloria en el cielo, y de perpetuar su mision en el mundo, para llevar al último término, en cuanto es de su parte, la restauracion y santificacion de todos y de cada uno de los hombres.

Hablemos, pues, hoy, hermanos, de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía. Además de exigirle el desarrollo del plan que me he trazado en estos dias, es muy justo consagrar un discurso á ese Sacramento adorable, á quien se rinden estos solemnísimos cultos. En la Eucaristía vive el Verbo encarnado para estar siempre con nosotros; renueva constantemente su sacrificio para aplicarnos los frutos de la redencion, y se une á nosotros de la manera mas íntima y amorosa para levantarnos hasta Dios y hacernos como dioses.

(1) Hebr. VII, 25.

(2) I Cor. XV, 28